

El Pentágono de la Innovación

ÁNGEL FERRÁNDEZ IZQUIERDO

No está de más recordar que en España se trabaja, en promedio, 200 horas más al año que la media europea y que es el país con jornadas laborales más largas y menor rendimiento por hora trabajada. La productividad en España avanza a tasas anuales inferiores al 1%, sólo por encima de Italia y Portugal, frente al 1,5% de media de la UE. Es decir, somos los europeos que más horas trabajamos, pero los menos productivos (PIB producido por empleado). Una sencilla consecuencia es la caída de nuestra competitividad, como demuestra el Informe de Competitividad Global 2009-2010, del World Economic Forum, de septiembre de 2009, que sitúa a España en la posición 33, sobre 133 países, con un retroceso de cuatro posiciones respecto al informe anterior.

Parece ampliamente probado que la capacidad innovadora de un país es un factor determinante de su desarrollo económico, pero España no goza de buena salud en este sentido, ocupando la posición 40 a escala mundial. Si presumimos de ser la novena potencia en cuanto a producción científica, está claro que los engranajes chirrían. Con lógica preocupación, el pasado 28 de mayo, la ministra Garmendia informó al gobierno de la Estrategia Estatal de Innovación (e2i), la cual fue aprobada en el Consejo de Ministros del pasado 2 de julio.

“La innovación es ineficiente. Con frecuencia, es indisciplinada, siempre lleva la contraria y es iconoclasta; se realimenta con la confusión y la contradicción. En pocas palabras, ser innovador es todo lo contrario de lo que la mayoría de los padres quieren para sus hijos, los consejeros delegados para sus compañías y los jefes de estado para sus países. Los innovadores son insoportables. Y, sin embargo, sin innovación estamos condenados –por aburrimiento y por monotonía- a la decadencia.” Con estas palabras de N. Negroponte, fundador del MIT Media Lab, se abre el documento que presenta la e2i.

Ya vimos que, en el último Panel de la Innovación de la UE-27, España ocupa la posición 17, que no se corresponde con su PIB ni con su producción científica. Parece que tres son las causas de esta situación: (1) La inversión privada en I+D representa el 0,74% del PIB frente al 1,19% de la media UE-27 y el 2,1% de la media de los países líderes en innovación de la UE (Dinamarca, Reino Unido, Alemania, Finlandia y Suecia); (2) El empleo en sectores de media y alta tecnología representa el 4,78% del total de la población activa, frente al 6,69% de la media europea y al 6,95% de los líderes; y (3) El número de pequeñas y medianas empresas que realizan innovación representa el 24,6% del total de empresas frente al 30% de la media europea y al 42,45% de los líderes.

Así pues, el objetivo de la estrategia es colocar a España en el noveno puesto mundial de la innovación. En una primera etapa, con horizonte en 2015, las actuaciones concretas serían tres: lograr que la inversión privada en I+D sea de 6.000 millones de euros más que en 2009; duplicar el número de empresas que hacen innovación, incorporando 40.000 empresas más; y generar 500.000 empleos nuevos en empresas de alta y media tecnología. En la segunda, 2016-2020, se buscará la convergencia con los países líderes en innovación.

El punto clave -donde seguimos fracasando año tras año- es la transferencia de conocimiento de los lugares donde se genera a los centros de aplicación. Este problema, de clásica raíz sureña, pues los países escandinavos, entre otros, hace tiempo que lo superaron, tiene muchas causas, pero dos son capitales: la cobardía del dinero privado y la escasez de centros de investigación de excelencia.

La estrategia, pues, debe imaginarse como un pentágono, en cuyo baricentro se sitúa la transferencia de conocimiento y cuyos lados se corresponden con las cinco actuaciones principales que se supone favorecerán la innovación española en la próxima década: generación de un entorno

financiero proclive a la innovación (financiación bancaria, fondos de inversión para investigación e innovación, capital riesgo y mercados secundarios bursátiles); fomento de la innovación desde la demanda pública (economía de la salud y asistencial, economía verde, industria de la Ciencia y administración pública electrónica); proyección internacional (acción exterior empresarial, programa marco de la UE, cooperación al desarrollo e impulso de la inversión extranjera); fortalecimiento de la cooperación entre las comunidades autónomas; y capital humano (capacitar a las personas para innovar a través de la educación, la formación y la adaptación a los cambios de las tecnologías y los mercados; involucrar a los consumidores en los procesos de innovación con miras a la detección de fallos en los bienes y la definición de nuevas necesidades, así como impulsar una cultura emprendedora mediante la introducción de las habilidades y actitudes orientadas al montaje de empresas creativas).